

Creatividad, pensamiento crítico y valores: una mirada diferente en la educación

Aguilar Mier, Marisol

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/485>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

CREATIVIDAD, PENSAMIENTO CRÍTICO Y VALORES: UNA MIRADA DIFERENTE EN LA EDUCACIÓN

Marisol Aguilar Mier*

Creatividad, criticidad y valores son aspectos tan de moda hoy en día en todos los ámbitos: *hay que ser creativos en el trabajo, hay que educar en valores, hay que criticar las estructuras*. Sin embargo, esto ha hecho que, por decirlo así, se “comercialicen” o se vendan como una “filosofía barata”.

No obstante, muchos modelos educativos han comenzado a vislumbrar la importancia de esos aspectos en el aula; sin embargo, son concebidos como simples ingredientes de una receta, traducándose esto en prácticas o técnicas para “desarrollar la creatividad y la criticidad y fomentar los valores en los alumnos”. Lo anterior, lejos de aportar un cambio positivo, tan necesario hoy, hace que se dé una concepción muy simple de un problema tan complejo y tan importante, ya que se necesitan más que “fórmulas” preelaboradas y diseñadas bajo una concepción reduccionista, mecánica y estática para darle solución. Por ello se hace necesaria una redefinición de dichos dinamismos con el fin de encontrar cuál debe ser su verdadero sentido en la educación.

Cierto, la creatividad, la criticidad y los valores son aspectos que cualquier forma de educación que pretenda ser integral debe desarrollar. Sin embargo, lo primero que debe tenerse en cuenta es que dichos dinamismos no pueden ir separados pues interactúan y se complementan unos a otros para que el ser humano se autoconstruya plenamente, pues sería absurdo pensar en una educación que sólo se enfoque a

* Alumna del séptimo semestre de la Licenciatura en Educación, UIA-GC

fomentar la creatividad, o sólo a desarrollar el pensamiento crítico, o únicamente se dedicara a formar valores en los educandos.

Lo anterior quiere decir que toda educación debe buscar los qué, cómo, para qué y porqué que permitan que los propios educandos desarrollen su *creatividad* para afrontar el reto de autocrearse humanizándose y humanizando su entorno por medio de un *pensamiento crítico* para discernir, analizar y optar por los *valores* que se los permitan.

En la primera parte de este ensayo se exponen las nociones de ser humano y educación, pues es claro que en función de éstas se orientarán la creatividad, la criticidad y los valores. No obstante, cabe señalar que lo que se presenta a continuación no son conceptos sino *nociones*, ya que es necesario entender al ser humano y la educación (así como la creatividad, el pensamiento crítico y los valores) como *dinamismos*. Por eso no se pretende definirlos encerrándolos en una serie de frases que pueden resultar pobres y reducidas, pues aunque dichos dinamismos son algo muy concreto las definiciones de ellos son abstractas y estáticas. Así pues, se trata más que nada de una aproximación al fenómeno educativo dejando abiertas las puertas de la reflexión, la investigación y el análisis a nuevas búsquedas y aportaciones.

En la segunda parte se procede a analizar y reflexionar sobre estos tres dinamismos: la creatividad, el pensamiento crítico y la cuestión de los valores. Finalmente, en la tercera parte se presentan las conclusiones y comentarios finales.

Ser humano... algo más que existir

El ser humano es el único ser que se construye a sí mismo en un proceso continuo y permanente con el fin de operar su propia realización y lograr así autotranscender. Es decir, está llamado a *ser-se* bajo su propia decisión: decide lo que es, pues no posee de entrada su propio ser, sino que tiene que ganárselo: “se logra ser hombre...”

El ser humano es, ante todo, *integral*, pues en él se conjugan diversos dinamismos que confluyen en su interior y le imprimen un carácter paradójico, pues está estructurado en contradicciones: es corpóreo y metacorpóreo, razón y sentimientos, existente e inacabado, libre y limitado, vive y muere...

Así pues, ser hombre significa estar llamado a construirse *con, por y para los demás*; es decir, que se constituye como persona por gracia del otro; por lo tanto, el hombre es un ser que necesita vivir en sociedad pues sólo dentro de ella realizará su desarrollo humano.

Sin embargo, ser hombre significa también ser límite, pues, como ya se había mencionado, ser humano es ser dinamismo, búsqueda, pregunta... y en ese constante proceso de autoconstrucción descubre su condición limitada; pues jamás podrá alcanzar un estado fijo de perfección, pero sí podrá humanizarse cada vez más, inventándose y reinventándose, cuestionándose y respondiéndose en un proceso dinámico y cíclico.

Por lo tanto, el ser humano es un ser histórico que crea y construye su propio ser y su historia. En síntesis, podemos decir que “*somos seres en construcción, un permanente todavía no que jamás se cumple del todo, que siempre está en movimiento*” (López Calva, 1999).

La educación: algo más que “enseñar”

Una educación auténtica deberá creer siempre en el hombre y respetar la individualidad de cada ser humano, y por esa fe que tiene en él no tratará de crear hombres y mujeres con base en un molde previamente establecido por quien se cree educador. Bajo esta concepción, el educando no puede ser visto como cera moldeable, pues la educación no es el fin, sino el medio, la herramienta que ayuda al ser en potencialidad a construirse y a humanizarse, pero respetando su libertad y por ello su decisión.

No obstante, lo anterior puede prestarse a una interpretación errónea y a concebir la educación como un simple instrumento del que el hombre echa mano otorgándole un carácter utilitario y pragmático que podría caer fácilmente en una educación para el individualismo. La diferencia radica en que anteriormente se mencionaba que la educación *Cree* en el hombre, y por eso se enfoca en sus capacidades y posibilidades, no en sus limitaciones (aunque las reconoce) y se concentra en ayudar a la persona a desarrollar sus potencialidades para que ésta pueda autorrealizarse *integralmente*.

Ahora bien, lo antes mencionado podría sugerir una pregunta: *¿de*

qué manera podría contribuir la educación para lograr que el ser humano se autoconstruya humanamente?

Para responderla se tomará la propuesta de Bernard J.F. Lonergan, quien afirma que poseemos “una estructura dinámica básica de operaciones recurrentes e interrelacionadas que producen resultados acumulativos y progresivos ... (un método) que constituye la estructura dinámica de la consciencia intencional humana” (Lonergan, 1988). Esta estructura es en sí una unidad formada por cuatro niveles de operaciones diferentes que constituyen un proceso escalonado de humanización: el nivel empírico, el nivel de la inteligencia, el nivel de la razonabilidad y, por último, el nivel de la libertad-responsabilidad (ver Cuadro). En cada uno de los niveles se presentan diversas exigencias que van aportando los elementos y conocimientos necesarios para poder tomar decisiones y que van constituyendo el proceso de autoconstrucción de la persona.

Esa estructura consiste en un proceso de autoapropiación que exige que en cada nivel seamos atentos, inteligentes, razonables y responsables, y que nos permite ir apropiándonos del método que somos como sujetos humanos en proceso de autoconstrucción con los otros. Lo anterior conduce a la autenticidad del sujeto, pues éste se construye a sí mismo, como un ser único e irrepetible, capaz de tomar decisiones atentas, inteligentes, razonables y responsables y no con base en modelos predeterminados por otras personas.

Lo más importante de todo es que esta estructura posee un carácter dinámico que hace que se pueda ir mejorando cada vez más y que el propio sujeto la vaya desarrollando y apropiándose de ella con el fin de realizar el reto más importante de su vida: *la creación de su propio ser*.

De lo anterior puede decirse que la función primordial de la educación será en primer lugar reconocer que *ser humano* significa complejidad, y dejar la visión simple bajo la cual se cree que es un recipiente que hay que llenar. En segundo lugar, crear los espacios y el clima en el que se puedan realizar, generar y desarrollar actividades y procesos que permitan al sujeto ir apropiándose de su estructura para que sea capaz de construir su propio ser siendo *atento, inteligente, razonable y responsable*. Por lo tanto, su objetivo irá más allá de intentar “fomentar” la creatividad, la criticidad y los valores en los educandos por medio de técnicas, ejercicios o imposiciones de un supuesto “educador”.

	Nivel empírico	Nivel inteligente	Nivel razonable	Nivel responsable.
Exigencia	Se atento	Se inteligente	Se razonable o crítico.	Se responsable
Objetivo	Experimentar	Entender.	Juzgar	Deliberar.
Preguntas:	Datos	¿qué?, ¿cómo?, ¿para qué?, ¿dónde? → ¿cuándo? <i>Insight.</i>	¿de verdad esto es así?	¿es bueno o malo?, . . . ¿me construye y humaniza o no?
Formulaciones:	Sensaciones, sentimientos, memorias, percepciones (ver, oler, oír, gustar, tocar)	Inquirir, imaginar, comprender, concebir, formular, entender.	Reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia, juicios de verdad.	Deliberar, valorar, decidir. Fin: acción.

La creatividad como reto de autocreación y creación humanizante

Características esenciales de nuestro mundo hoy son, evidentemente, la pérdida de asombro; el sentimiento de vacío y sin sentido; el tedio y la indiferencia, que encuentran sus causas en “la producción en serie, la publicidad, los medios de comunicación colectiva, la vida agitada de las ciudades y su consecuente despersonalización, la lucha por el dinero y el afán de tener”; es decir, lo que hoy llamamos *sociedad de consumo*. (Patiño, 1996). Todo esto caracteriza nuestra época posmoderna, que se distingue entre otras cosas por la homogeneización de las sociedades (todos comemos Mc Donalds, tomamos coca-cola, nos vestimos del mismo modo, etc.) y por su uniformidad: somos aburridos, carentes de identidad y esclavos de los patrones de la moda. En pocas palabras, nos dejamos comer por la exterioridad y no dejamos espacio a nuestra interioridad. Nos vamos convirtiendo así, poco a poco, en máquinas que esperamos ser alimentadas con sensaciones y experiencias nuevas, sin tener que movernos, ni buscar ni pensar mucho, que lo único que esperan de la vida son emociones placenteras que no exijan compromisos ni responsabilidades y que resulten un antídoto contra el aburrimiento aplastante.

Todo lo anterior en su conjunto conforma un poderoso bloque contra la creatividad humana.

En este contexto surge la necesidad de romper con ese círculo vicioso que nos embota los sentidos y parece ir destruyendo nuestras capacidades y deshumanizándonos cada vez más. Y se busca, como siempre, encontrar soluciones por medio de la educación. Sin embargo, hay muchas formas de entender la creatividad, lo que en ocasiones muestra una perspectiva reduccionista y simple que difícilmente podrá solucionar tan grave problema.

Así pues, lo principal es entender que la creatividad va mucho más allá de lo novedoso, lo innovador, lo extraño, lo impactante, lo lujoso, lo “original”, pues de eso ya podemos encontrar bastante en el mercado (sólo necesitamos comprarlo) y no nos ha dado respuestas. Por eso necesitamos comprender qué es realmente la creatividad y cuál es su finalidad, con lo que

el problema parece estar entonces no en la carencia de creatividad sino, como en mucho de lo humano que hoy anda en crisis, *en cuál es su sentido*. El problema no es de cómo, sino de para qué; no es de técnicas o medios sino de finalidades y objetivos (López Calva, 1999).

Entonces, lo primordial es comprender que la creatividad “es un impulso dinámico por el cual transformamos nuestro entorno mediante el pensamiento y la acción, y que nos convierte en sujetos activos en camino de construcción y autoconstrucción” (Patiño, 1996).

Lo anterior nos sugiere dos características esenciales e inseparables de la creatividad: la *acción* y la *transformación*. Pero por otra parte, también es fundamental comprenderla como *humanización* pues “de nada sirve una idea genialmente creativa si no se concreta en acción interna o externa que le cambie la forma a la realidad y la haga más humana”: (López Clava, 1999).

Por lo tanto, el primer llamado de la creatividad es que el sujeto cree su propio ser para poder transformar su entorno, humanizándolo y humanizándose en el proceso.

Ahora bien, es importante señalar que la creatividad no es un don que sólo posean unos cuantos afortunados; esos que consideramos “genios” o “artistas” privilegiados pertenecientes a una élite de la que no formamos parte; es mucho más que una simple destreza, habilidad o un talento; es una potencialidad *inherente al ser humano*, pero éste tiene que optar por ella, desarrollarla y *decidir* ser creativo para

romper así con ese bloque que le impide crearse y crear su entorno humanamente.

Por lo tanto, podemos concluir que una educación auténtica deberá comprender que el grave problema de la creatividad en el ámbito educativo no puede solucionarse con recetas o fórmulas para la creatividad orientadas a lo técnico, a lo mecánico y a lo tradicional, sino que es preciso redefinir la creatividad con un sentido *más humano*. Además, como docentes deberemos asumir el doble reto de autocrearnos como personas y también como educadores, (pues “nadie puede dar lo que no tiene”) para

mirar la docencia cotidiana con perspectiva de infinito y como una oportunidad de compartir la propia tarea creativa con el desafío creativo de autoconstrucción de sus estudiantes ... porque sólo entendiendo la creatividad como humanización podrá el docente llegar a la humanización de la creatividad en el aula y superar las visiones parciales o superficiales, las percepciones técnicas de lo que es ser creativo y por qué es importante serlo (López Calva, 1999).

Pensamiento crítico: su carácter social, transformador y humanizante

Así como hemos ido perdiendo nuestra capacidad creadora, también hemos ido perdiendo la criticidad, pues ambas van de la mano. Actualmente vivimos indiferentes a lo que nos rodea, indiferencia que se traduce en una franca apatía por el otro. Vivimos en una búsqueda perpetua de nuestra propia comodidad. Ante todo, queremos las cosas digeridas pues pensar nos aburre y nos da flojera; además nos hace darnos cuenta de cosas que no queremos ver porque rompen nuestro cómodo modelo de vida. En pocas palabras, el mundo puede caerse, pero si uno mismo está bien, ¿qué más da?

Así, aceptamos todo lo que se nos dice pues cuestionar resulta problemático y sin sentido. Todo lo damos por hecho pues ya no queda nada más por descubrir y las injusticias sociales, las desigualdades, la falta de equidad, la pobreza y la corrupción las percibimos como algo normal, lo inevitable ante lo que cual ya nada podemos hacer. Por eso nos vamos convirtiendo en seres receptores y pasivos, esperando que

se nos indique el rumbo que debemos tomar para poder acomodarnos; incapaces de ver más allá de nuestra propia comodidad, pasando a ser uno más en la masa homogénea.

Frente a esto podemos darnos cuenta de que el problema de la criticidad también se trata de una cuestión de pérdida del sentido, por lo que es preciso redefinir un elemento tan importante para el ser humano, para la educación y para la sociedad.

Como se dijo antes, en gran parte la pérdida de criticidad entre los seres humanos se debe al sistema, que no favorece las condiciones para que ésta pueda desarrollarse, y a la educación, que ha buscado la formación de personas sumisas, que todo lo acepten; fáciles de manipular y, sobre todo, que sigan reproduciendo la sociedad actual (con toda su injusticia, intolerancia, corrupción, falta de equidad, de participación, etcétera.).

No obstante, tampoco podemos caer en la salida fácil de culpar (como siempre) al sistema, pues tanto la creatividad como la criticidad son dinamisismos que se generan en el *interior* de la persona y que por lo tanto dependen de ésta para desarrollarse.

Por todo lo anterior resulta fundamental reconocer, en primera instancia, que el hombre *está dotado*, como sucede con la creatividad, de la facultad de ser crítico, pero para serlo se debe *optar* por ello y afrontar el enorme reto y la gran responsabilidad que esto implica.

Ahora bien, para entender mejor la criticidad debemos ser conscientes de que ésta va más allá de ser una capacidad racional que consiste en “darse cuenta” de las cosas, pues como afirma Xavier Cacho Vázquez (1998),

todo ser humano debe ser crítico mediante un criticismo integral que abarque todos los ámbitos de su conciencia, desde sensaciones y emociones, hasta decisiones y acciones (pues) el criticismo integral nos acerca a la verdad plena del hombre.

Por otro lado, es claro que una criticidad que no lleve a la acción y a la humanización del entorno y del sujeto no es una criticidad completa. Ciertamente, muchas escuelas y educadores se han dado cuenta de la importancia de fomentar el pensamiento crítico en el aula, sin embargo, éste ha ido perdiendo su verdadero fin: la humanización del sujeto y del entorno, pues en efecto, muchos profesores creen estar

siendo muy críticos y reflexivos y estar viviendo dentro de sus aulas una pedagogía crítica por el simple hecho de criticar y cuestionar (la mayoría de las veces sin fundamentos sólidos) el sistema político, la economía, la Iglesia, etc., pero se quedan sólo en eso: en palabras que no llevan consigo acciones. Esto ocasiona que se hable, se discuta y se critique mucho, pero que se haga poco y se siga viviendo para buscar nuestra propia comodidad, permitiendo la injusticia y la calidad de vida tan poco digna que sufren tantas personas.

Por lo tanto, “darse cuenta de las cosas” y el ser capaz de cuestionarlas e ir más allá de lo que vemos, oímos y leemos es un primer paso de la criticidad, aunque su culminación, como se ha dicho, es cuando se concreta en una acción *humanizante* para el sujeto y para su entorno.

Por lo tanto, no debemos entender la criticidad como una habilidad que una vez que se logra desarrollar se tiene para todo y por siempre, más bien, la intencionalidad del criticismo es “no conocerlo todo, sino conocer y saber bien lo conocido, dando cuenta de ello” (Cacho Vázquez, 1998). Entonces implica un constante esfuerzo y un volver a comenzar continuo, pues es, ante todo, un dinamismo. El hecho de que sea una potencialidad del ser humano no significa que sea ya un elemento dado, sino que se debe decidir utilizarla, construirla y desarrollarla para poder salirse, en la mayor medida posible, de los modelos que la limitan y romper con ese círculo vicioso que nos va deshumanizando cada vez más.

En conclusión, la criticidad es compromiso y responsabilidad social y constituye, con la creatividad y los demás dinamismos, el cimiento más fuerte para la construcción de una sociedad más justa, digna, equitativa, democrática y participativa. Es decir, que posee un *carácter social y transformador*, pues si no se aplica para la propia *humanización* y la del entorno se convierte en un instrumento inservible.

La cuestión de los valores en el ámbito educativo: ¿imposición o decisión?

Como se ha venido mencionando, las características de nuestra sociedad posmoderna como la desesperanza, la carencias de ideales, la

desigualdad, falta de equidad, riqueza extrema a costa de pobreza absoluta, homogeneización cultural, pérdida de identidad, globalización, relativismo, individualismo exagerado, subjetivismo radical, escepticismo, eclecticismo, y el renacimiento de fundamentalismos y conservadurismos *como búsqueda de certezas en este mar de opciones indiferenciadas*, (López Calva, 1998) entre otras, nos gritan que es necesario un cambio. Ahora bien, para algunos se trata de una carencia de valores; para otros, de una crisis de valores. Lo cierto es que invariablemente se hace referencia a ellos. Por lo tanto surge la preocupación de educar en valores como alternativa; de formar en los estudiantes actitudes y conductas determinadas que se orienten a la opción de valores como la solidaridad, la libertad, el respeto, la honestidad, la tolerancia, etc. En pocas palabras, formar una conciencia moral en los educandos, con el fin de que, en tanto futuras generaciones que tendrán en sus manos el destino del mundo, lo hagan con una fuerte base en valores.

Sin embargo, en este ensayo se ha venido señalando que el ser humano es ante todo un ser que construye y se autoconstruye; por lo tanto, la perspectiva que cree necesario educar en valores para rescatar a nuestra sociedad carente de ellos, y que concibe que la tarea principal del docente es transmitirlos por medio de clases o cursos extras en que se dan ciertos contenidos morales o dogmas éticos para “enseñar” lo que un ser humano “bueno” debe hacer, resulta totalmente contraria a la postura que se ha ido desarrollando aquí. ¿Por qué? Porque básicamente se trataría de imponer ciertos valores en los educandos (localizados en el pasado, como certezas, y considerados absolutos y estáticos, por lo que sería más bien “enseñar” la definición de *alguien*, abstracta, reducida y pobre, por ejemplo, de justicia) para que se adapten a una sociedad y sigan reproduciéndola, limitando y anulando su capacidad creadora y autocreadora. Por eso, ciertamente, la situación por la que atravesamos hace necesaria y urgente una educación que tome en cuenta la dimensión ética de la persona, “siempre y cuando, esta respuesta se centre en el sujeto en sí y tome en cuenta la historicidad de los seres humanos en el dinamismo de su desarrollo y cambie su perspectiva de una ética de la ley a una ética del descubrimiento...” (López Calva, 1998).

De lo anterior, podríamos decir que la cuestión no es tanto

si la educación debe o no educar en valores, sino que, asumiendo que de cualquier forma la educación educa en valores, reflexionar sobre las implicaciones y la orientación y el sentido que se les está dando, así como las estrategias, los métodos y las formas de evaluación. (López Calva).

Así pues, considerando todo lo que se ha venido exponiendo, de lo que se trataría más bien es de que si asumimos que el ser humano es capaz de construirse y construir humanamente siguiendo su “propio método”, es decir, la estructura de operaciones, éste podría ir deliberando, examinando, discutiendo, analizando, dialogando... para optar por vivir de acuerdo con los valores que, después de seguir todo un proceso, ha determinado que lo llevan a la humanización de sí mismo y de su entorno.

Conclusiones

Si aceptamos que el ser humano tiene la capacidad suficiente para construir su propio proyecto de vida con el fin de humanizarse más, la educación debiera dejar de ser una especie de fábrica de seres humanos que produce su mercancía con base en un molde determinado que cumple los requisitos que necesita el mercado y que, entre otras cosas, continuará reproduciendo los esquemas imperantes hoy.

Por lo tanto, es fundamental abandonar, como educadores, la idea de que tenemos la responsabilidad de formar a los educandos para que sean capaces de “desenvolverse satisfactoriamente en la vida”, pues, en primer lugar, ¿quiénes somos nosotros para decidir qué valores conviene enseñar?, ¿qué valores harán de los educandos seres “buenos” que contribuyan a mejorar su entorno?, ¿qué sentido deben tener los valores en el proyecto de vida de los alumnos y cuáles deben ser éstos para que dicho proyecto sea “aceptado” o no?

Por esto debe comprenderse que la educación es una herramienta que guía, que auxilia a la persona, pero que también le da los instrumentos y habilidades para desarrollar todas sus capacidades con el fin de que se autoconstruya como ser un humano que es capaz de decidir y deliberar sobre los valores individuales y sociales que lo llevarán a ser la persona que él mismo decida ser.

Obvio, la cuestión no es tan simple como parece, pues es necesario

seguir todo un proceso, como por ejemplo, la estructura dinámica básica de las operaciones recurrentes y progresivas propuesta por Lonergan, (o cualquier otra estructura en la que se cumplan dichas exigencias y cuyo resultado sea la humanización del sujeto y de su entorno), así como los patrones de experiencia correspondientes. Como sea, la clave está en dejar de determinar al sujeto limitando sus posibilidades, pretendiendo moldearlo para encajar en el tipo de ser humano “adecuado” para nuestra sociedad y subestimarle al considerar que por sí mismo no puede decidir sobre una cuestión tan fundamental como es la construcción de su propia persona. Por el contrario, la educación debe invitar al ser humano a *descubrir, a crear, a renovar, a inventarse y a re-inventarse, a desarrollar todas sus capacidades y habilidades*, con el fin de que él mismo se construya decidiendo, atenta, inteligente, crítica y responsablemente sobre sus propios valores y sobre su entorno, “dándole una forma más humana a la realidad”.

Lo anterior podría hacer pensar a otros que con esta postura se caería fácilmente en un subjetivismo y en un relativismo exagerados; pero por el contrario, si en verdad atrás de cada decisión que tomamos existiera todo el proceso que antes se ha mencionado y se decidiera crítica y responsablemente, con una visión social que considere siempre al otro, en el fondo, en lo esencial, tendríamos que coincidir, pues siendo así, ¿quién podría elegir el individualismo, el egoísmo, la corrupción, etc., como valores fundamentales para su autoconstrucción?

Por último, es fundamental que la educación centre sus esfuerzos en descubrir los cómo, por qué, para qué, dónde, cuándo y con qué se puede lograr que cada ser humano se apropie del “método que somos” y pueda así ser crítico y creativo siendo atento, inteligente, razonable y responsable para humanizarse y humanizar su entorno.

Bibliografía

- CACHO VÁZQUEZ, Xavier, (1998), “Críticidad y formación universitaria”, en Cuadernos de Reflexión Universitaria, UIA.
- DE BONO (1997), *El pensamiento lateral*, ed. Paidós Mexicana.
- LONERGAN, Bernard, (1988), *Método en teología*, ed. Sígueme, Salamanca.

- LÓPEZ CALVA, Martín, (1998), “Vivir sobre el pantano...un ensayo contra al educación en valores”, en *Magistralis*, núm. 14, UIA GC.
- _____, (1999) “De la creatividad como humanización a la humanización como creatividad”, mimeógrafo.
- PATIÑO Hilda (1996), “Reflexiones acerca de la creatividad”, en Hernández y Villegas, P, *Unidad, diversidad y conciencia*, UIA Sta. Fe- Guadalajara.